



DISCURSO

& SOCIEDAD

Copyright 2010
ISSN 1887-4606
Vol. 4(3) 597-614
www.dissoc.org

Artículo traducido

Etnometodología*

Ethnomethodology

Alan Firth

Newcastle University, United Kingdom

Traducido por Teresa E. Cadavid G.

1. Introducción

La etnometodología es una propuesta básica de la sociología que ofrece una perspectiva particular acerca de la naturaleza e indagación del orden social. Los etnometodologistas estudian lo que se da por cierto, las prácticas del sentido común a través de las cuales los miembros de la sociedad coordinan, estructuran y entienden sus actividades diarias. Mediante acciones prácticas localizadas, las personas se encargan de crear y sostener el orden social. En esencia, la etnometodología está interesada en la acción social, la intersubjetividad, y la comunicación lingüística —tópicos hallados en el corazón de la pragmática—. Aparte de producir, por derecho propio, una amplia gama de estudios penetrantes y novedosos, la etnometodología fundamenta, en gran medida, el análisis de la conversación. Las intuiciones e ideas fundacionales de la etnometodología pueden ser detectadas cada vez más en la etnografía, la psicología social, la ciencia cognitiva, y en investigaciones del lenguaje y la interacción social. Con todo, pese a la influencia creciente en tales áreas, los escritos etnometodológicos pueden ser notoriamente difíciles de abordar, en particular por los no iniciados. Debido a una resistencia general a teorizar sobre sus propios procedimientos y descubrimientos de investigación no convencional, a la ausencia de una concepción de “teoría” o “método” (en el sentido corriente del término), y a una predilección por una condensada y a veces incoherente prosa,¹ la etnometodología ha adquirido y mantenido la posición de una empresa sociológica marginada, y comúnmente mal entendida.

2. Presentación

El término “etnometodología” fue acuñado en el decenio de 1950 por el sociólogo norteamericano, y figura intelectual capital de la etnometodología, Harold Garfinkel.² Al investigar acerca de las deliberaciones de los miembros de un jurado, Garfinkel se interesó en los procedimientos de razonamiento —a los cuales llamó “métodos”— a través de los cuales fueron tomadas decisiones colectivas y se cumplieron veredictos. Tales “métodos” no estaban basados en un conocimiento especializado o en tipos particulares de pensamiento lógico o legal; más bien, fueron expresados sobre la base del conocimiento de sentido común diario.

La invención de Garfinkel del término “etnometodología” marcó el inicio de un programa de estudios dirigido a socavar las imperantes preocupaciones del funcionalismo estructural mediante explicaciones “científicas” acerca de cómo es constituido y mantenido el orden social.

Más que la búsqueda de correctivos “científicos” o explicaciones evaluativas del orden social, los estudios en etnometodología fueron conducidos con “indiferencia etnometodológica” (véase Garfinkel y Sacks 1970). Esto se logró suspendiendo (o “poniendo entre paréntesis”) las aspiraciones evaluativas y correctivas, y centrándose, más bien, en *cómo* los mismos miembros de la sociedad, mediante lo que dan por cierto, sus *prácticas* (“métodos”) *del sentido común, cumplen a cabalidad* el orden social. Para los etnometodologistas, el orden social, con un sentido, y la racionalidad³ son fenómenos socialmente cumplidos, que “trabajan” de manera incesante, y se cumplen local y contingentemente. Los “etno-métodos” son, entonces, los métodos propios de la gente (no de los científicos) para cumplir a cabalidad y exhibir tales fenómenos; las personas son, como Turner (1974: 83) lo expresa, miembros de las “prácticas de producción”.

La etnometodología sostiene que es el estudio de *cómo* las “prácticas” o los “métodos” son usados por los miembros⁴ al actuar de manera contingente, en circunstancias particulares y concretas, para crear y sustentar el orden social, lo que permite una revaloración fundamental y un entendimiento detallado de la naturaleza de ese orden. Tal “orden” es creado y conocido, no sobre la base de una matriz externa u “objetiva”, sino de manera endógena —desde el *interior* de actividades temporalmente ordenadas—. La etnometodología, como Garfinkel (1967: 185) lo propuso, está:

interesada por la cuestión de cómo, sobre el curso temporal de sus compromisos reales, y “conociendo” la sociedad solamente desde adentro, los miembros producen actividades prácticas estables, es decir, las estructuras sociales de las actividades diarias.

El programa de la etnometodología plantea que ninguna actividad o evento —no importa lo trivial que parezca o lo insignificante que sea— puede eximirse de estudio. En un considerable y heterogéneo marco de trabajo desarrollado a lo largo de treinta años, las descripciones etnometodologistas de las “prácticas de producción” incluyen la forma en que los médicos recopilan los archivos (Garfinkel 1967: capítulo 6), la forma en que se cumplen el “género” (Garfinkel 1967: capítulo 5) y la “etnia” (Moerman 1968), los métodos mediante los cuales los estudiosos de la conversación categorizan a las personas (Sacks 1972), cómo aprender el sonido de jazz en el piano (Sudnow 1978), la forma en que los científicos construyen sus hallazgos y objetos científicos (Garfinkel *et al.* 1981), cómo las relaciones sociales son mediadas por textos (Smith 1984), y los procedimientos de los ingenieros de software para seguir las guías técnicas (Button y Sharrock

1994). (Para una bibliografía extensa de los estudios etnometodológicos, véase Coulter 1990: 475-559.)

En efecto, Garfinkel dio comienzo a un ataque frontal a la suposición de una realidad externa, objetiva, cuya existencia puede ser conocida y descrita independientemente de la mediación humana.⁵ Él propuso que los miembros no están simplemente en un escenario social “objetivo”; sino que, más bien, ellos, en efecto, hacen esos escenarios (cf. McDermott y Wertz 1976: 166). Y es a través del hacer —y sólo ahí— que el orden, sentido, racionalidad y estabilidad de las actividades sociales se cumple y se hace posible.

Para estudiar este logro, la etnometodología se enfoca en “el conocimiento que un miembro tiene de sus asuntos corrientes, de sus propias iniciativas organizadas, donde tal conocimiento es considerado por nosotros como parte del escenario que también hace observable” (Garfinkel 1974: 17). Esto es, la cualidad observable-comunicable de las acciones —es decir, la *narrabilidad* de las acciones— no puede estar divorciada de la *forma* en que los miembros las organizan y coordinan dentro de un escenario. Ni, por implicación, el escenario social puede ser considerado recurriendo a las interpretaciones analíticas a priori de los científicos. Como Garfinkel (1967: 33) singularmente propuso:

una política directriz [para la etnometodología] es rechazar una consideración seria del propósito imperante de que la eficiencia, la eficacia, la efectividad, la inteligibilidad, la consistencia, la sencillez, la tipicidad, la uniformidad, la reproductividad de las actividades —en tanto propiedades racionales de las actividades prácticas— sean valoradas, reconocidas, categorizadas, descritas, utilizando una regla o modelo obtenido fuera de los escenarios reales en los cuales son reconocidas, usadas, producidas y comentadas.

En suma, el propósito del programa de estudio que llegó a ser conocido como etnometodología fue analizar la organización social exclusivamente a partir de las “estructuras de experiencia” de los *miembros*, más que a partir de categorías, representaciones o esquemas deducidos “objetivamente” o “científicamente”. Es sólo mediante tales “estructuras de experiencia”, sostienen los etnometodologistas, que las actividades y eventos se reconocen como fenómenos ordenados y racionales.

3. Acción social, conocimiento social

Siguiendo la etnometodología como un programa de estudio, Garfinkel reaccionó de manera crítica al muy influyente trabajo sociológico de Talcott Parsons, *The structure of social action* (1937). En este trabajo, Parsons propuso lo que él llamó la “teoría voluntarista de la acción”. En esencia, esta

teoría sostiene que el orden social es posible y se mantiene como resultado de la interiorización, por parte de los agentes individuales, de unas normas sociales de la cultura compartida. Éstas, arguyó Parsons, son internalizadas como “disposiciones necesarias”, de modo que cada agente se socializa en *querer* adaptarse a las normas de una comunidad. Así, los agentes eligen voluntariamente ajustarse a las normas compartidas, y, como Parsons sustentó, es esta elección de una norma-motriz lo que hace una sociedad estable y ordenada.

Sin embargo, aunque proclamó su trabajo como una teoría de la acción, Parsons omitió, o al menos distorsionó, asuntos de suma importancia. En particular, Garfinkel observó que la teoría voluntarista daba lugar a tres problemas principales, centrados en el conocimiento de los actores de sus circunstancias prácticas, concretas. Tales problemas se relacionan con las normas y reglas, el carácter contextual de las acciones y la racionalidad (cf. Heritage 1984: capítulo 2).

3.1. Normas y reglas

Para Parsons, y la mayoría de una generación de sociólogos que le siguieron, el aprendizaje social e internalizado de normas ejerce una influencia obligatoria y determinante sobre la acción. Garfinkel consideró errónea la descripción del agente individual como “juez irresponsable”, al actuar de forma pasiva e irreflexiva en sus entornos (Garfinkel 1967: 68). En una serie de estudios de caso, Garfinkel mostró que, en situaciones reales de ocurrencia, las “normas” y las “reglas” son recursos interpretativos, flexibles, que los participantes (a menudo de manera tácita) “orientan” a fin de entender y reconocer un comportamiento significativo (o desviado). Además, las reglas no pueden ser maquinalmente seguidas, sin tener en cuenta su complejidad y especificidad. El seguimiento de reglas exige un “trabajo” de juicio contingente, incesante —lo que requiere prácticas determinadas [ad hocing practices]—. Toda vez que una regla se aplica, está destinada a “otra primera vez” (Garfinkel 1967: 9). Además, las reglas en sí mismas no son suficientes para determinar o explicar una acción: deben adaptarse a cada ocasión en que se usen. Concentrándose en la actividad de codificación de un psiquiatra clínico, Garfinkel (1967: capítulo 6) encontró que los participantes “agregan”, de forma interpretativa, información “de fondo” relevante (aunque “falte”) donde sea requerida, y permiten que las irregularidades percibidas no se tengan en cuenta, con el fin de dar sentido a las reglas y hacer que las categorías codificadas “concurden” con los datos (véase también Cicourel 1968; Zimmerman 1971). Generalizando el estudio, Garfinkel (1967: 21) concluyó que:

No importa qué tan definitiva y elaboradamente han sido escritas las instrucciones, y a pesar del hecho de que reglas estrictas de oficina puedan ser formuladas [...] en cada caso, para cada cosa, “etcétera”, “menos que”, “hacer caso omiso” y “recomendaciones”⁶ acompañan la comprensión de la codificación de instrucciones como formas de analizar el contenido real de un folleto.

Con el fin de codificar de manera adecuada y confiable, se encontró que los codificadores asumieron un conocimiento contextual de los procedimientos de la clínica —fenómeno que la codificación intentó determinar (Heritage 1987: 236)—. Las *prácticas determinadas* [*hocing practices*] fueron tratadas invariablemente como una “molestia” por los codificadores y diseñadores de códigos, de ahí los intentos de remediar la “molestia” mediante la disposición de reglas de procedimiento cada vez más elaboradas y explícitas. Sin embargo, lamentarse acerca de la determinación respecto a las reglas e instrucciones es, escribió Garfinkel (1967: 22), “muy semejante a quejarse diciendo que si se quitaran de en medio los muros de un edificio, se podría ver mejor qué es lo que sostiene el techo”. La intención de Garfinkel aquí no fue degradar los procedimientos de codificación en particular, o, en efecto, cuestionar la existencia de reglas y normas en general; más bien fue, primero, rechazar la idea parsoniana de que las reglas “causan” o “explican” el comportamiento; segundo, subrayar la “laxitud” inherente y la recursividad de las reglas; y tercero, demostrar que su uso en escenarios reales es empíricamente investigable como un tópico en sí mismo.

3.2. El carácter contextual de las acciones

La “teoría voluntarista de la acción” no tomó en cuenta las acciones reales que los participantes desarrollaron en escenarios concretos. En contraposición, los etnometodologistas asumen las acciones de los participantes como punto de partida, y atienden a la forma en que esas acciones son, en cuanto “vistas pero inadvertidas”, observables y ordenadas en situaciones concretas y particulares. La preocupación por las situaciones locales de la acción tiene dos importantes manifestaciones en la etnometodología, que son (1) la indicialidad de las acciones, y (2) las cualidades contextualmente *reflexivas* de las acciones.

3.2.1. Indicialidad

La propuesta de Parsons de unas normas internalizadas que sustentan el comportamiento se extiende a la comunicación lingüística. El significado interpersonal es así implícitamente explicado recurriendo a la teoría semiológica, que sostiene una correspondencia entre “signos” y

“referentes”; los individuos socializados se consideran como seres conocedores de las correspondencias. En un artículo escrito junto con Harvey Sacks (Garfinkel y Sacks 1970), Garfinkel rechazó esta noción de intersubjetividad, y propuso, más bien, una base *procesal* para el significado interpersonal. El argumento contra la concepción (agustiniana) de Parsons del significado se sustentó en la noción lingüística de “indicialidad”. Inspirándose en los escritos fenomenológicos de Schütz (véase más adelante), los trabajos de Wittgenstein (1958) y de Peirce (1932) acerca del lenguaje natural, y la filosofía de Bar-Hillel (1954), Garfinkel y Sacks (1970) extendieron la noción en dos sentidos: primero, mostrando que no solamente los pro-términos (yo, su,⁷ tú, etc.) y los deícticos (aquí, esto, aquello, etc.) son indiciales —el concepto, arguyen, se podría extender útilmente a todas las formas lingüísticas—; y segundo, mostrando que la indicialidad de las acciones es ubicua e irremediable. De ahí que, a fin de cuentas, estén condenados al fracaso los esfuerzos de los lógicos (y, en particular, de los sociólogos) para, de alguna forma, “remediar” de manera científica la indicialidad. Cualquier forma lingüística (enunciado, descripción, expresión, etc.) es *indicial* de modo irremediable e ineludible. Es decir, el sentido de un enunciado no es algo fijo, sino algo móvil, e incluso “develable” en el contexto y en la práctica, pues los miembros apelan, de manera *contingente*, a una disposición [arreglo] de “métodos” interpretativos basados en el sentido común y en información proveniente del contexto. Ninguna acción lingüística —incluidas aquellas que dicen mantenerse “por fuera” de los acontecimientos e “ilustrarlos” o “formularlos”— se puede ejecutar “sin contexto” o “no indicialmente”. De hecho, incluso una observación caracterizada como “fuera de contexto”, por ejemplo, depende de la misma indicialidad del enunciado.

A la luz de la inherente indicialidad del lenguaje natural, Garfinkel (1967: 28-29) recomienda que “abandonemos el supuesto” de una correspondencia signo-referente. Una vez esta suposición se abandone, “entonces aquello que fue mencionado en una conversación no se puede distinguir de cómo fue mencionado” (Garfinkel, *op. cit.*: 28). En otros términos, la comprensión ocurre, no a partir de significados comunes preestablecidos, sino de manera procesal y contextual —donde lo que se dice es invariablemente determinado en un contexto particular, local, por personas particulares, en un momento particular—.

De manera significativa, Garfinkel y Sacks apuntan que la indicialidad del lenguaje natural es un recurso, más que un obstáculo, para los interlocutores. Siguiendo a Mannheim, Garfinkel sostiene que la vaguedad inherente del lenguaje es superada en la medida en que los miembros implican de manera tácita el “método documental” de interpretación. Esto determina la búsqueda de “un patrón homólogo idéntico tras una amplia

variedad de realizaciones de significado diferentes” (Mannheim, en Garfinkel 1967: 78). Garfinkel (*Ibid.*) continúa: “El método es reconocible por las habituales necesidades de reconocimiento de lo que una persona ‘está hablando’, dado que ella no dice exactamente lo que quiere decir” (véase 4.1. más adelante). Así, en la medida en que la búsqueda de “patrones homólogos” implica consideraciones de los interactuantes acerca de la forma en que el lenguaje es usado y en que la interpretación es asociada a actividades particulares, a circunstancias específicas, la posición etnometodológica sobre la intersubjetividad muestra estrechas afinidades con la noción wittgensteiniana de “juegos de lenguaje” (véase Wittgenstein 1958, así como Heritage 1984: 310).

3. 2 .2. Reflexividad

De acuerdo con el pensamiento “corriente” (parsoniano) en sociología, los actores comparten percepciones comunes acerca de los requisitos normativos de los escenarios sociales; la argumentación sostiene que tales requisitos sirven para dirigir el comportamiento en diferentes contextos. La etnometodología propone una concepción alternativa. En lugar de ser normas determinantes de la conducta en cada situación, las normas entran en una matriz contextual (conocida de manera tácita) de información sobre el contexto. Esta información se apoya básicamente en los patrones (acciones) de comportamiento observados, que a su vez de forma continua —procesal— realimentan la matriz. Para los etnometodologistas, entonces, las acciones no se liberan al contexto de manera casual, sino que se liberan en forma reflexiva: ayudan a construir y elaborar el mismo contexto del cual ellas son una parte inteligible-responsable. Una tarea constante de los estudios etnometodológicos ha sido destacar este carácter reflexivo de las acciones. Heritage (1984: 109) afirma que la preocupación por la “responsabilidad reflexiva” de las acciones es el pilar central del trabajo de Garfinkel. La noción de “reflexividad” enfatiza la forma observable-comunicable de las acciones —“relatos”— y el contexto, elaborándose entre sí de manera “interminable”. El comportamiento y la conversación se dan así, de forma simultánea, en y acerca de los escenarios que describen (Leiter 1980: 139). Así Garfinkel (en Hill y Crittenden 1968: 208):

Puede hablar de un tipo de reflexividad interminable que tienen los relatos, de forma que la “conversación” redundante en el escenario en el cual ocurre para ilustrar las características de tal escenario y, de ese modo, ilustrar también las características propias de la conversación.

Dado que un relato es producido y reconocido como inteligible y ordenado a partir de su inserción en un contexto particular (temporal, secuencial,

espacial, etc.), el relato mismo permite a los participantes, de manera simultánea —y por tanto reflexiva—, construir, observar y elaborar el orden e inteligibilidad en el mismo contexto (cf. Mehan y Wood 1975: 13; Heritage 1984: 106-110).

Uno de los más conocidos estudios de etnometodología, específicamente centrado en la “reflexividad” de los “relatos”, es el estudio de Wieder (1974a) sobre la forma en que el “código del presidiario” es usado en una “residencia”⁸ para adictos a narcóticos en libertad bajo palabra. El “código del presidiario” identificó un conjunto de “máximas” (no escritas) de conducta (por ejemplo, “no robar”, “no sacar ventaja de otros residentes”, “compartir lo que se tenga”). Wieder (1974b) observó que en varias ocasiones, mientras él conversaba con un residente, éste respondía ciertas preguntas replicando “usted sabe que no robaré”. Esta expresión, mostró Wieder, fue multifuncional y estuvo asociada de manera reflexiva a su contexto de uso. Ésta expresó la acción precedente (una petición al residente de robar), y proveyó al residente de una razón para no obrar de acuerdo con lo requerido en la conversación e indizar la relación de los interactuantes como “forastero” y “residente”. La expresión que invocó el código fue entonces no sólo una descripción de la vida en una residencia de ese tipo [halfway house]; fue también un “método de inserción” para la considerar y describir un comportamiento “rutinario”, “típico”, “normal” y “desviado” en el escenario. Así, la conversación que “dice el código” al mismo tiempo exhibe y cumple la orden observada:

esta conversación [código del presidiario] representó, al mismo tiempo, una *parte de la vida* en la residencia y una parte que se incluyó a sí misma bajo la jurisdicción del código. Es en este sentido que la conversación que implicó el código fue reflexiva con el escenario de su ocurrencia (Wieder 1974b: 152, *itálicas agregadas*).

El trabajo de Wieder sobre la reflexividad de los relatos es una ilustración vívida de la inherente “laxitud” de las reglas (véase 3.1. más adelante). Al mostrar que los relatos (aquí invocaciones del “código del presidiario”) y los escenarios se configuran entre sí, Wieder demuestra que las reglas no son invocadas por los residentes sólo por propósitos abstractos o descriptivos; más bien, las reglas *hacen un trabajo contextual*. Ellas son unos medios para que miembros particulares hagan cosas particulares en momentos particulares, y para indizar esas cosas —como, por ejemplo, una refutación o una declaración— tal como han sido hechas (cf. Mehan y Wood 1975: 141).

3.3. Racionalidad

Más que ignorar o (como fue corriente entre sociólogos) proponer un conocimiento de sentido común bajo los cánones de “racionalidad científica”, la etnometodología afirma que puede ser estudiada en sí misma, de manera directa, la aplicación fundada del conocimiento de sentido común. Después de todo, Garfinkel (1967: 35-37, 96-103) señaló, al tiempo que afirmaba la superioridad del conocimiento científico y la racionalidad frente al conocimiento de sentido común del lego, que las teorías y observaciones de los científicos sociales están inevitablemente basadas en el conocimiento de sentido común; tal conocimiento es tanto el del científico como aquel supuesto por el lego, “carente de interés” e “invisible” recurso. Para Garfinkel, la naturaleza inevitablemente “local” de este “recurso” es un “tópico” de investigación de la etnometodología (cf. Zimmerman y Pollner 1971).

4. Razonamiento de sentido común

Con el fin de documentar el carácter empírico del “visto pero inadvertido” conocimiento y razonamiento de sentido común del actor, Garfinkel explotó la fecundidad excepcional del marco conceptual desarrollado por el sociólogo fenomenológico alemán Alfred Schütz (véase Garfinkel 1967: 36 en adelante). Schütz (1962, 1964) había trabajado con todo detalle sobre la noción de Husserl de la “actitud natural” del *Lebenswelt* (“el mundo de la vida”). Esta noción enfatiza la habilidad del actor para inspirarse en la experiencia pasada, y para “suspender la duda” acerca de la estabilidad del “mundo de la vida” frente a las anomalías aparentes. Schütz defendió los procesos de interpretación *verstehende*, inspirados en la pragmática; procesos a través de los cuales los actores (científicos sociales y legos, por igual) atribuyen significado y “racionalidad” a los eventos y actividades sociales. Esto se logra aplicando de manera *contingente* “ideas tipo” de sentido común (por ejemplo, metas, sistemas de signos, motivos y representaciones) con el fin de entender “qué está pasando aquí y ahora”. Además, en tanto esas ideas se asumen para ser compartidas “para todos los propósitos prácticos”, son también vistas ante todo como “elásticas”, como “métodos simples y prácticos”,⁹ y con ello susceptibles de ser revisadas de acuerdo con circunstancias locales. Para Schütz, la “racionalidad” no puede ser dividida en las categorías “científica” y “no-científica”, dado que la racionalidad se halla de manera irremediable en el conocimiento de sentido común contingente y las prácticas sociales reales. De ahí que se apoye en una incesante dialéctica “fijo-contingente” que la comprensión intersubjetiva diaria —y, en general, el orden social— hacen posible. Como

Schütz (1962: 55) anotó: “el conocimiento de sentido común de la vida diaria es suficiente para entenderse con otros hombres, objetos sociales, instituciones sociales —en suma, con la realidad social—”.

Uno de los mayores logros de la etnometodología fue demostrar que el marco conceptual de Schütz de la acción social es un dominio investigable de manera empírica. Ello fue logrado de manera memorable en los experimentos de ruptura de Garfinkel, cuyo propósito fue aportar una profundización sobre cómo las actividades sociales “ordinarias”, “rutinarias”, se construyen mediante la confianza en un juego de suposiciones “vistas pero inadvertidas” que sirven de base a las acciones prácticas. Garfinkel (1967: 36) afirmó que el objetivo de los experimentos de ruptura fue “hacer visibles las escenas triviales”. Para hacer eso, los experimentos comenzaron con escenas familiares, de la vida diaria, y luego “conflictivas”. El “conflicto” llevó a que los participantes actuaran marcadamente “fuera de lo común”. La razón para hacerlo así era que:

[las] operaciones que uno podría tener que ejecutar con el fin de multiplicar las características insignificantes de los ambientes percibidos, para producir y mantener perplejidad, consternación, y confusión... y para producir interacción desordenada, deberían decirnos algo acerca de cómo las estructuras de las actividades diarias se producen y mantienen de manera ordinaria y rutinaria (Garfinkel 1967: 37-38).

Garfinkel mostró que el comportamiento inesperado, discrepante, de los experimentadores conduce a los intentos inmediatos de los sujetos de restaurar la *normalidad*. Por ejemplo, cuando se juega triqui (“ceros y cruces”), el experimentador puede borrar primero la marca del otro jugador, reubicar ésta en un cuadro diferente, y entonces hacer sus propias marcas. Todo esto se realizó sin que se indicara que era algo inusual. Hacia la mitad de los 247 ensayos, los sujetos incógnitos disimularon el movimiento con un gesto de significado encubierto pero preciso, como si echaran un piropo sexual, comentando sobre la estupidez del sujeto, o haciendo un gesto imprudente. Garfinkel (1967: 72) señala que efectos idénticos ocurrieron cuando los experimentadores reunieron sin invitación un desconocido grupo de interlocutores; o cuando los experimentadores pidieron a sus confiados co-interlocutores aclarar observaciones de lugar común (por ejemplo, A: ¿Cómo estás? B: bien. A: ¿Qué quieres decir con “bien”?; ¿en qué sentido?); o cuando los experimentadores dejaron vagar su mirada al azar durante una conversación; o cuando, en el curso de una conversación, y sin indicación de que algo inusual estuviera pasando, los experimentadores acercaron sus caras a los sujetos hasta casi tocar sus narices.

Garfinkel (1967: 94) afirma que la “normalidad” percibida por los sujetos surge de su trabajo documentado. En esencia, tal “trabajo” es la sustancia y el sustento del orden social, consistente en una compleja

disposición del conocimiento de sentido común contingente, supuestos previos y habilidades tácitamente conocidas. “Explorar y determinar patrones” (1967: 94) —es decir, el “método documental de interpretación”— es un recurso interpretativo que permite a los sujetos dar sentido a acciones que de otra forma son incoherentes. Este “método”, y la noción husserliana de la “actitud natural”, son los elementos clave en el aparato conceptual de la etnometodología, y son los llamados a penetrar todos los actos de percepción y cognición del mundo. Siguiendo a Schütz, Garfinkel sostiene que la “actitud natural” es parte de unas “suposiciones de sentido común” de los miembros que sustentan la interacción social y el “trabajo adaptativo” que requiere tal interacción. Las suposiciones incluyen:

1. *Buscar una forma normal.* Esto es, cuando la discrepancia y/o la ambigüedad aparecen, la gente suspende la duda y busca una “forma normal” asumida que pueda dar cuenta de las discrepancias.
2. *Hacer la reciprocidad de perspectivas.* Esto lleva esencialmente a la suposición de que los participantes podrían tener las mismas experiencias si cambiaran de lugares.
3. *Emplear el principio del etcétera.* Esta suposición lleva a los participantes a “completar” la información (marcadamente “faltante”) durante las actividades sociales. En esta forma, los participantes dejan de lado las confusiones o anomalías confiando en que serán aclaradas posteriormente (cf. Mehari y Wood 1975: 101-2; Cicourel 1973: 84-88).

Los experimentos de ruptura fueron pensados para aclarar un asunto: los recursos de lo que se da por cierto a través de los cuales se cumplen el orden, el sentido, la rutina y la normalidad. Lo que es llamativo para los etnometodologistas es que tales habilidades sean consideradas por los miembros como *poco* interesantes.

5. Desarrollos de la etnometodología

Puede considerarse que la etnometodología ha tomado forma de acuerdo con tres propósitos separados pero emparentados, originados en los escritos de Garfinkel. Tales objetivos se manifiestan en trabajos anteriores y recientes en este campo. Mientras que cada uno se centra en las preocupaciones de la etnometodología sobre la naturaleza cumplida del orden social, tomados en conjunto dan cuenta de las heterogéneas empresas de investigación del proyecto en su forma actual. El primer objetivo fue

desafiar la dominante teoría sociológica acerca de la naturaleza del orden social. En particular, por un énfasis en lo práctico, donde el conocimiento de sentido común, más que el conocimiento “objetivo”, “científico”, se considera la base sobre la cual el mundo social puede ser conocido y descrito, la etnometodología ha puesto seriamente en cuestión la concepción de la sociología del actor social, y ante todo, ha vislumbrado el asunto del estatus ontológico de la sociología como disciplina científica. En consecuencia, una preocupación académica fundamental de la etnometodología contemporánea son sus proyecciones e implicaciones en una teoría social. Entre las publicaciones recientes que se dedican específicamente a este asunto están: Wilson y Zimmerman (1980), Button (1991), Hilbert (1992), y Garfinkel y Wieder (1992).

El segundo objetivo de la etnometodología fue enfatizar el papel constitutivo de la cognición en la organización de las actividades sociales. Este propósito se manifestó más claramente en la dependencia de Garfinkel del marco fenomenológico de Schütz con el fin de dar cuenta de cómo la “racionalidad” fue construida sobre los fundamentos cognitivos de las suposiciones de sentido común. Un esfuerzo sobresaliente de la investigación etnometodológica refleja este propósito, principalmente la *Cognitive sociology* de Cicourel y su enfoque en los “procedimientos interpretativos” (1973), y los trabajos de Coulter *The social construction of mind* (1979) y *Rethinking cognitive theory* (1983); una útil revisión de este trabajo es proporcionada por McHoul (1988). La dimensión cognitiva de la etnometodología se ha extendido también a la investigación de la interacción hombre-máquina, como lo ilustró el trabajo de Suchman *Plans and situated actions* (1987).

El tercer objetivo de la etnometodología fue describir el “trabajo” local, contingente y reflexivo a través del cual escenarios sociales concretos, identidades y actividades se vuelven reconocibles y significativos. Este tercer propósito ha producido, sin duda, la cantidad más sustancial de investigación etnometodológica. Los estudios de Garfinkel (1967) sobre el carácter “cumplido” del género (por ejemplo, el estudio del transexual “Agnes”), y los métodos a través de los cuales los registros clínicos fueron compilados, constituyeron estudios pioneros que reflejan este tercer objetivo. Otras destacadas investigaciones son *Passing on*, de Sudnow (1967), y *Language and social reality*, de Wieder (1984a). Durante la pasada década, un trabajo etnometodológico importante fue desarrollado en los discursos y “prácticas” de los científicos naturales. Tal trabajo intenta mostrar cómo son elaborados los objetos científicos y los informes en el laboratorio de trabajo; véanse, por ejemplo, Gilbert y Mulkey (1984), y Lynch (1985).

Es también en términos del tercer objetivo que la etnometodología ha ejercido una significativa influencia, verdaderamente formativa, sobre el proyecto conocido como “análisis de la conversación” (AC). Aunque se presenta cierto debate acerca de una relación contemporánea precisa del AC con la etnometodología (sobre las discusiones, véanse Bilmes 1986: 165-166 y Clayman y Maynard 1984), hay un acuerdo general en que la herencia intelectual del AC está firmemente fundada en la etnometodología. Mientras que la mayoría de los trabajos sobre el AC están dirigidos al análisis secuencial de la *conversación* interactiva, en cuyo caso la herencia etnometodológica es cuando más mencionada, otros (por ejemplo, Boden 1994) están intentando unificar las metodologías y percepciones del AC con el objetivo de la etnometodología de describir el carácter consumado de actividades particulares efectuadas en escenarios sociales concretos.

6. Conclusión

La etnometodología es una empresa sociológica diversificada que se interesa en la naturaleza de un orden social “cumplido” y el compromiso de la gente en ese orden. Con su insistencia en la primacía de lo empírico —investigaciones localizadas de acciones sociales—, su preocupación por la intersubjetividad y el significado interpersonal, su consideración de que las actividades sociales son metas localmente cumplidas, y con sus intereses en la lingüística de la comunicación, la etnometodología tiene afinidades importantes con los intereses generales de la pragmática. Es sólo en épocas recientes que los científicos han comenzado a señalar de manera directa la naturaleza de las afinidades y la relevancia de la etnometodología en los estudios de pragmática. Bilmes (1993), en su trabajo acerca de la implicatura conversacional, propone que los fundamentos empíricos de la pragmática sean reforzados, en caso de que los expertos estén dispuestos a enfocarse en el lenguaje natural, desde el punto de vista etnometodológico. Esto requerirá estudiar las instancias reales, localizadas, de uso del lenguaje, y nos hará conscientes del carácter ingenioso, contingente, y socialmente cumplido del lenguaje en acción. Descubrir y explicar los métodos y prácticas de la gente al usar el lenguaje es, entonces, una empresa etnometodológica.

A través de su desarrollo, la etnometodología ha establecido y mantenido su posición como proyecto básico, situado en los confines de la sociología. En épocas más recientes, sin embargo, algunos etnometodologistas —por ejemplo, Pollner (1987: xvi) y Hilbert (1992)— han enfatizado que la empresa no es tan distante de la “corriente” de la sociología, como se sostuvo en un comienzo, y que es tiempo de que los etnometodologistas inicien un diálogo con y en la sociología.

La etnometodología es un campo de investigación en continuo desarrollo; está construida sobre fundamentos básicos y ofrece una única y desafiante perspectiva sobre la sociedad humana; sus metodologías de investigación son eclécticas, algunos pueden decir que casuales y arbitrarias, contando con un amplio campo de trabajo etnográfico en apariencia caprichoso, audio y vídeo grabaciones, experimentaciones, notas de campo, transcripciones, observaciones de primera mano, y demás. Dado todo esto, el “diálogo” al que llaman Pollner y Hilbert debería también extenderse a las disciplinas vecinas, entre las cuales una de las más relevantes es la pragmática.

Notas

* N. de la T. La versión original, en inglés, de este artículo (“Ethnomethodology”) fue publicada en: Verschueren, J. y otros (ed.). *Handbook of Pragmatics Manual*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins B.V., 1995, pp.269-278. Traducción gentilmente permitida por John Benjamins Publishing Company, Amsterdam/Philadelphia, www.benjamins.com.

¹ N. A. El estudio seminal de Garfinkel *Estudios en etnometodología* (1967) es un ejemplo fundamental (y en muchas formas la génesis) del condensado e incoherente argot que ha llegado a ser uno de los distintivos de la etnometodología. En años recientes, han sido producidas varias “Introducciones” a la etnometodología en trabajos monográficos, y muchas de ellas son admirables intentos de hacer la empresa más fácilmente accesible, aunque sin restarle importancia a la lectura de los *Estudios* de Garfinkel (véase, por ejemplo, Mehan y Wood 1975; Leiter 1980). Una descripción particularmente lúcida y valorativa del trabajo de Garfinkel, y del campo de estudio en general, es la de Heritage (1984).

² N. A. Sobre los orígenes del término “etnometodología”, véase Garfinkel (1974).

³ N. de la T. En general, la “racionalidad” parece referida al sentido común.

⁴ N. A. El término es empleado por los etnometodologistas para referirse al “dominio del lenguaje natural”; véase Garfinkel y Sacks (1970: 342).

⁵ N. A. Esto no supone que una realidad objetiva externa no tenga relevancia en las suposiciones y razonamientos diarios de las personas. Por cierto, la tesis etnometodológica de Pollner (1987) sobre la *razón mundana* es predicada bajo la creencia de que las percepciones sobre la realidad, en sí misma, y el mundo social se sustentan en un supuesto mundo “externo” y “objetivo”.

⁶ N. de la T. La expresión anotada en el texto original, “factum valet”, no tiene un equivalente en el español; hay que entenderla en el contexto de esas recomendaciones que se nos dan, como ayuda, para acceder a esas instrucciones de que aquí se habla.

⁷ N. de la T. En el original, “her”.

⁸ N. de la T. Aquí, la expresión “halfway house” designa las residencias que sirven como ambientes de transición entre los lugares de confinamiento para enfermos mentales, presidiarios, drogadictos o alcohólicos y su retorno a la sociedad. Entre nosotros, no hay un nombre corrientemente asociado a esos espacios, si es que se tienen.

⁹ N. de la T. En inglés se tiene la expresión “rule of thumb” (que es la que trae el texto), para referirse a los principios generales, métodos simples, procedimientos o reglas basados en la experiencia o la práctica, por contraposición a aquellos dirigidos por el cálculo científico.

Referencias

- Bar-Hillel, Y. (1954)** Indexical expressions. *Mind* 63: 359-379.
- Bilmes, J. (1986)** *Discourse and behavior*. Plenum Press.
- ____ (1993) Ethnomethodology, culture, and implicature. *Pragmatics* 3: 381-409.
- Boden, D. (1994)** *The business of talk*. Polity Press.
- Button, G. (Ed.) (1991)** *Ethnomethodology and the human sciences*. Cambridge Univ. Press.
- Button, G. & W.W Sharrock (1994)** Practices in the work of software development. In A. Firth (ed.) *The discourse of negotiation*. Pergamon Press.
- Cicourel, A.V. (1968)** Police practices and official records. In R. Turner (ed.) (1974): 85-95.
- ____ (1973) *Cognitive sociology*. Penguin.
- Clayman, S.E. & D.W. Maynard (1994)** Ethnomethodology and conversational analysis. In P. ten Have & G. Psathas (eds.) *Situated order*. Univ. of America Press.
- Coulter, J. (1979)** *The social construction of mind*. Macmillan.
- ____ (1983) *Rethinking cognitive theory*. Macmillan.
- ____ (ed.) (1990) *Ethnomethodological sociology*. Edward Elgar.
- Douglas, J. (Ed.) (1971)** *Understanding everyday life*. Routledge & Kegan Paul.
- Garfinkel, H. (1967)** *Studies in ethnomethodology*. Prentice Hall.
- ____ (1974) The origins of the term ‘ethnomethodology’. In R. Turner (ed.): 15-18.
- Garfinkel, H. & H. Sacks (1970)** On formal structures of practical actions. In J.C. McKinney & E.A. Tiryakian (eds.) *Theoretical sociology*: 338-366. Appleton Crofts.
- Garfinkel, H. et al. (1981)** The work of a discovering science construed with materials from the optically discovered pulsar. *Philosophy of the Social Sciences* 11: 131-158.
- Garfinkel, H. & D.L. Vieder (1992)** Two incommensurable, asymmetrically alternate technologies of social analysis. In G. Watson & R.M. Seiler (eds.) *Text in context*: 175-206. Sage.
- Gilbert, G.N. & M. Mulkay (1984)** *Opening Pandora’s box*. Cambridge Univ. Press.

- Heritage, J. (1984)** *Garfinkel and ethnomethodology*. Polity Press.
- ____ (1987) Ethnomethodology. In A. Giddens & J. Turner (eds.) *Social theory today*: 242-272. Polity Press.
- Hilbert, R.A. (1992)** *The classical roots of ethnomethodology*. Chapel Hill Press.
- Hill, R.J. & K.S. Crittenden (Eds.) (1968)** *Proceedings of the Pardue symposium on ethnomethodology*. Institute for the Study of Social Change, Pardue Univ.
- Leiter, K. (1980)** *A primer on ethnomethodology*. Oxford Univ. Press.
- Lynch, M. (1985)** *Art and artifact in laboratory science*. Routledge & Kegan Paul.
- McDermott & M. Wertz (1976)** Doing the social order. *Reviews in Anthropology* 3: 160-174.
- McHoul, A.W. (1988)** Language and the sociology of mind. *Journal of Pragmatics* 12: 339-386.
- Mehan, R.P.H. & H. Wood (1975)** *The reality of ethnomethodology*. John Wiley & Sons.
- Moerman, M. (1968)** Being Lue. In Turner (ed.) (1974): 54-68.
- Parsons, T. (1937)** *The structure of social action*. McGraw Hill.
- Peirce, C.S. (1932)** *Collected papers*, vol. 2. Harvard Univ. Press.
- Pollner, M. (1987)** *Mundane reason*. Cambridge Univ. Press.
- Sacks, H. (1972)** On the analysability of stories by children. In J.J. Gumperz & D. Hymes (eds.) *Directions in sociolinguistics*: 325-345. Holt, Rinehart & Winston.
- Schütz, A. (1962)** *Collected papers*, vol. 1. Martinus Nijhoff.
- ____ (1964) *Collected papers*, vol. 2. Martinus Nijhoff.
- Smith, D.E. (1984)** Textually mediated social organization. *International Social Science Journal* 36: 59-75.
- Suchman, L. (1987)** *Plans and situated actions*. Cambridge Univ. Press.
- Sudnow, D. (1967)** *Passing on*. Prentice Hall.
- ____ (1978) *Ways of the hand*. Bantam Books.
- Turner, R. (1974)** Practical reasoning in organizational settings. In R. Turner (ed.): 83.
- ____ (ed.) (1974) *Ethnomethodology*. Penguin.
- Wieder, D.L. (1974a)** *Language and social reality*. Mouton.
- ____ (1974b) Telling the code. In R. Turner (ed.): 144-172.
- Wilson, T.P. & D.H. Zimmerman (1980)** Ethnomethodology, sociology, and theory. *Humboldt Journal of Social Relations* 7: 52-88.
- Wittgenstein, L. (1958)** *Philosophical investigations* (2a. ed.). Blackwell.
- Zimmerman, D.H. (1971)** The practicalities of rule use. In J. Douglas (ed.) *Understanding everyday life*: 221-238. Routledge & Kegan Paul.

Zimmerman, D.H. & M. Pollner (1971) The every world as a phenomenon. In J. Douglas (ed.) *Understanding everyday life*: 80-103. Routledge & Kegan Paul.

Notas Biográficas



Alan Firth es Senior Lecturer en Lingüística Aplicada en la facultad de Educación, Comunicación y Ciencias del Lenguaje, en la Universidad de Newcastle, Reino Unido. Sus intereses de investigación son el Análisis de la conversación, la interacción en el puesto de trabajo, el inglés como Lengua Franca, y el aprendizaje de segundas lenguas. Alan ha publicado en numerosas revistas internacionales, incluyendo a *Modern Language Journal*, *Journal of Pragmatics*, *American Journal of Sociology*, *Discourse and Society*, *Applied Linguistics*, *IRAL*, y *World Englishes* y ha co-editado 'Calling for Help: Language and Social Interaction' (Benjamins 2005).



Teresa Cadavid es Geóloga graduada en la Universidad Nacional de Colombia y Licenciada en Lingüística y Literatura en la Universidad de Antioquia, donde luego cursó la Maestría en Literatura Colombiana y se ha desempeñado como profesora de cátedra en el Área de Comunicaciones. Ha sido editora de textos académicos y literarios, y ha publicado algunos artículos de opinión sobre problemas relacionados con la lectoescritura y la situación actual de la universidad.